YUGOSLAVIA

ETC.

UN VOLCAN EN LOS BALCANES

Suplemento de Investigación y Reportajes de Página/12

Por Hermann Tertsch, desde Yugoslavia

El joven entró en la pastelería y disparó sin mediar palabra. Un repostero y su madre cayeron muertos bajo unas balas cuyo insigne destino debía ser vengar a las víctimas serbias del nacionalismo albanés. El atentado fue eficaz, dos muertos, y, sin embargo, un fracaso. Los cadáveres no eran albaneses, sino turcos. Falta de información, la dedicación de muchos albaneses a la pastelería y el hecho de que las víctimas hubieran llegado a Serbia desde Macedonia habían convencido al justiciero de que eran albaneses.

Kragujevac, sur de Serbia, febrero de 1989. Las primeras víctimas mortales en la crisis del Estado yugoslavo. Comenzó ésta el 20 de febrero, con una huelga de mineros en Kosovo, la provincia autónoma fronteriza con Albania y habitada en un 90% por albaneses. Hoy, el ejército está en la calle, hierven como en siglos pasados los odios nacionalistas entre serbios, por un lado, y albaneses, croatas y eslovenos, por el otro. No sólo los pesimistas creen que "habrá guerra civil" en Yugoslavia. Un Estado europeo se disuelve.

"¿Eres serbio?" La respuesta negativa disipa todos los recelos. Afloran las sonrisas, las invitaciones a beber un té o café llegan de todas las mesas. En el pequeño café del albanés Mehmet, junto a una de las muchas pequeñas mezquitas de Pristina, en la provincia yugoslava de Kosovo, vuelve a reinar la armonía, rota por la llegada del foráneo.

Son las doce y resuena la letanía del muecín por los altavoces del cercano minarete. Fadil, uno de los jóvenes que abarrotan el café, habla muy bien alemán. Llegó hace dos días de Francfort donde trabaja desde hace cuatro años. "Allí ganó casi 3000 marcos al mes. Aquí se gana el equivalente a 100 marcos, si se encuentra trabajo. Muy mal, esto está muy mal."

Estas quejas no serían sino los lamentos lógicos de los habitantes de la paupérrima provincia de un país pobre y asolado por una crisis económica sin freno si a unas decenas de metros del simpático café de Mehmet no estuvieran estacionados tres carros de combate, de fabricación yugoslava, con decenas de soldados y oficiales en uniforme de campaña y armas automáticas largas en enjambre a su alrededor.

El ejército está ya en Kosovo. Desde el martes 28 de febrero, largos convoyes de carros de combate, blindados y transportes militares recorren las carreteras, controlan los cruces y cruzan ciudades y pueblos. Sobre la capital, Pristina, y la localidad minera de Titova Mitrovica, aviones de caza realizan vuelos rasantes para intimidar a la población y mostrar fuerza y disposición de combate.

"Nos tendremos que acostumbrar a esta música", decía la pasada semana Ibrahim Rugova, en su despacho en la modesta sede de la Asociación de Escritores Albaneses en Pristina, que preside. A él no le han dado tiempo. Días después de esta conversación, una de las pocas en que un intelectual albanés accedió a ser citado y calificó de "locura" los acontecimientos yugoslavos, Rugova era detenido, junto a varias decenas de personalidades albanesas, en Kosovo.

Cerca de su oficina y del campo de fútbol, niños albaneses hurgan con palos entre basuras en un lodazal. Son los miembros de una inmensa generación de albaneses, fruto de la natalidad más alta de Europa y casi del mundo. Con 38 nacimientos anuales por 1000 habitantes, está surgiendo en Kosovo un ejército de niños para repartirse la miseria del lugar, trabajar en Occidente y ahorrar para comprar tierra.

Fadil tiene siete hermanos, algo normal entre albaneses, y son cuatro los que trabajan en la República Federal de Alemania y en Suiza. "Los casados dejan aquí a sus mujeres con nuestros padres. Venimos en verano normalmente y estamos construyendo casas para todos. Sí, juntas todas, rodeadas por un gran muro."

El terreno en el que instalar su sueño de un gran patio para toda la familia se lo compraron a un serbio. Los precios de las casas serbias son astronómicos, los más altos de Yugoslavia en una región con un sueldo medio inferior a los 55 dólares. "Los serbios no se van por miedo, sino porque quieren el dinero." Los serbios lo niegan. "Es un arma política para expulsar a los serbios de Kosovo, la cuna de la cultura y la patria serbia", dice en el bar del Gran Hotel de Pristina, repleto de policías de paisano y militares en uniforme, Tomislav, un profesor serbio en Kosovo.

Su familia "no tiene intención de irse". El, tampoco. Pero 50.000 serbios se han ido ya. "Los serbios, en los pueblos, están aterrorizados. Los albaneses son salvajes, nos destruyen nuestros cementerios, nos amenazan. Es el Islam, que vuelve, seis siglos después de la batalla de Kosovo, a amenazar a Europa. Los occidentales no os dáis cuenta. Pero, si cedemos nosotros, pronto volverán a estar ante las puertas de Viena. Somos el bastión cristiano contra la ola verde. Es un problema de cultura y religión." Religión, nación, cultura. Yugoslavia es cada vez más un mosaico de pueblos enfrentados, sin nada en común más que el odio a los compatriotas de otra etnia. Belgrado, martes 28 de febrero. Jóvenes serbios marchan incansables por las calles de la capital portando iconos del santo Slava y retratos del líder comunista serbio Slobodan Milosevi. Cantan canciones sobre la patria serbia y la batalla de Kosovo Polje, en la que el rey Lazar murió derrotado por las huestes turcas en 1389. "Kosovo es serbia y siempre lo será. Dadnos armas para ir a Kosovo", gritan.

Ya no son, sin embargo, sólo los albaneses el objeto de sus ataques. También los eslovenos "son traidores". Algunos estudiantes con banderas serbias, con botellas de aguardiente en la mano, son más explícitos sobre sus deseos íntimos: "Vamos a matar croatas".

Católicos centroeuropeos

Zagreb, la muy católica capital de Croacia, parece estar no ya en otro país, sino en otro mundo que la balcánica y ortodoxa Belgrado y la Pristina con sus minaretes. Las calles limpias, los escaparates atractivos, su catedral, todo recuerda aún lo que Croacia fue durante siglos: Centroeuropa.

"La culpa de todo lo que pasa hoy es de aquellas fronteras que hicieron en 1918. ¡Qué rayos tenemos que ver nosotros, croatas, con los serbios! Ellos son ortodoxos y casi turcos, nosotros somos católicos y europeos", dice el taxista Ante, que para estudiar se ha ido a Viena, la ciudad que atrae con más fuerza a los croatas.

Al igual que los jóvenes estudiantes albaneses de Pristina, Ibrahim y Rachman, el croata Ante está convencido de que "Milosevic es un fascista". Llamar estalinista a su mayor enemigo les parece poco a los albaneses, que escuchan cada vez con más interés Radio Tirana y tienen confusos ideales de una gran Albania nacionalista y musulmana, siendo admiradores de Estados Unidos, la República Federal de Alemania y Suiza, y soñadores de una idílica patria de todos los *skipetare*.

Ramadan Laros es un anciano y jovial limpiabotas que ha visto mucho en la vida y cuyo único ideal es ya la fe. Una sola vez se decidió a salir de Kosovo, "para ir a La Meca". Vive en Prizren, la capital cultural de los albaneses, escondida en la alta montaña; una pintoresca ciudad desde la que en días claros se ve el territorio de la República Popular de Albania.

Ultimamente, Ramadan está poco locuaz. La situación es muy mala. Vuelve a haber soldados por la región, como entonces en los años cuarenta. Cuando huyeron italianos y alemanes y llegaron los partisanos, todos se alegraron, porque "venían con Tito". Ahora no es lo mismo, porque los manda Milosevic. "Ese nos odia".

Belgrado vibra. Banderas serbias al viento, los estudiantes acuden a concentrarse ante el Parlamento federal, la Skupstina. Sólo quieren oír hablar a uno, a Milosevic. "Slobo, Serbia; Slobo, serbio". Según sus fervorosos partidarios —la práctica totalidad de los serbios—, Slobo es "el segundo Tito". Según sus adversarios, es más bien Mussolini o Stalin. Cuando habla no dice muchas cosas, pero hace vibrar a la audiencia.

Aún no se sabe cómo quiere frenar la inflación del 290%; cómo solucionar el problema de la deuda exterior; el empobrecimiento de las familias, que no llegan al día 20 del mes con su sueldo y comen papas, papas, papas y verdura. Su receta es hoy, martes, Belgrado. "Hay que castigar a los traidores". Los serbios se sumergen en el fervor patriótico, los individuos y sus vidas cotidianas de penuria se disuelven en una masa con espasmos de orgullo nacional.

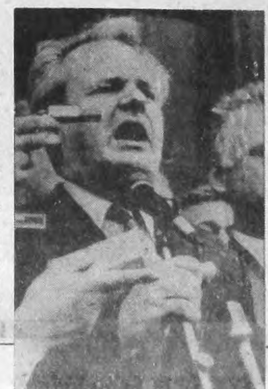


Comandos de albaneses radicales, armados con fusiles automáticos Kalashnikov enfrentan a las fuerzas policiales y militares yugoslavas enviadas a la provincia de Kosovo para reprimir las protestas nacionalistas. Lo que la revuelta de Kosovo, con toda su amenaza de guerrilla montaraz, plantea hoy es la continuidad del Estado federativo en la forma en que fue concebido por su artífice y principal elemento de cohesión, el desaparecido mariscal-guerrillero Josep Broz Tito. Hermann Tertsch, corresponsal del diario *El País* de Madrid, relata la erupción del volcán de los Balcanes.

Del contramodelo autogestionario a la exaltación del nacionalismo

Para comprender los acontecimientos que sacuden la vida política yugoslava conviene recordar que los Balcanes fueron a principios de siglo un polvorín a causa de enfrentamientos entre las naciones que hoy forman parte de Yugoslavia. Al terminar la II Guerra Mundial, la obra política más difícil emprendida por Tito fue crear, a pesar de esos antecedentes, una federación integrando a seis repúblicas, Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia, con las "regiones autónomas", Kosovo y Voivodina, agregadas a Serbia.

Durante la guerra contra la ocupación hitleriana, Tito propugnó la unidad entre esas naciones, a pesar de que se seguían produciendo choques entre algunas de ellas. Por eso el nuevo Estado yugoslavo nació dando al mundo la impresión de que la experiencia de la guerra había permitido superar los odios del pasado. Como modelo de federación, Tito optó por la máxima descentralización, dando muchas competencias a cada república. La Liga de los Comunis-



Hay una vieja receta que consiste en exaltar el nacionalismo para encubrir otros problemas. Es el camino elegido por Slobodan Milosevic.

UN VOLCAN EN LOS BALCANES

Comandos de albaneses radicales, armados con fusiles automáticos Kalashnikov enfrentan a las fuerzas policiales y militares yugoslavas enviadas a la provincia de Kosovo para reprimir las protestas nacionalistas. Lo que la revuelta de Kosovo, con toda su amenaza de guerrilla montaraz, plantea hoy es la continuidad del Estado federativo en la forma en que fue concebido por su artífice y principal elemento de cohesión, el desaparecido mariscal-guerrillero Josep Broz Tito. Hermann Tertsch, corresponsal del diario *El País* de Madrid, relata la erupción del volcán de los Balcanes.

Por Hermann Tertsch, desde Yugoslavia

El joven entró en la pastelería y disparó sin mediar palabra. Un repostero y su madre cayeron muertos bajo unas bajas cuyo insigne destino debía ser vengar a las víctimas serbias del nacionalismo albanés. El atentado fue eficaz, dos muertos, y, sin embargo, un fracaso. Los cadáveres no eran albaneses, sino turcos. Falta de información, la dedicación de muchos albaneses a la pastelería y el hecho de que las víctimas hubieran llegado a Serbia desde Macedonia habían convencido al justiciero de que eran albaneses.

Kragujevac, sur de Serbia, febrero de 1989. Las primeras víctimas mortales en la crisis del Estado yugoslavo. Comenzó ésta el 20 de febrero, con una huelga de mineros en Kosovo, la provincia autónoma fronteriza con Albania y habitada en un 90% por albaneses. Hoy, el ejército está en la calle, hierven como en siglos pasados los odios nacionalistas entre serbios, por un lado, y albaneses, croatas y eslovenos, por el otro. No sólo los pesimistas creen que "habrá guerra civil" en Yugoslavia. Un Estado europeo se disuelve.

"¿Eres serbio?" La respuesta negativa disipa todos los recelos. Afloran las sonrisas, las invitaciones a beber un té o café llegan de todas las mesas. En el pequeño café del albanés Mehmet, junto a una de las muchas pequeñas mezquitas de Pristina, en la provincia yugoslava de Kosovo, vuelve a reinar la armonía, rota por la llegada del foráneo.

Son las doce y resuena la letanía del muecín por los altavoces del cercano minarete. Fadil, uno de los jóvenes que abarrotan el café, habla muy bien alemán. Llegó hace dos días de Francfort donde trabaja desde hace cuatro años. "Allí ganó casi 3000 marcos al mes. Aquí se gana el equivalente a 100 marcos, si se encuentra trabajo. Muy mal, esto está muy mal."

Estas quejas no serían sino los lamentos lógicos de los habitantes de la paupérrima provincia de un país pobre y asolado por una crisis económica sin freno si a unas decenas de metros del simpático café de Mehmet no estuvieran estacionados tres carros de combate, de fabricación yugoslava, con decenas de soldados y oficiales en uniforme de campaña y armas automáticas largas en enjambre a su alrededor.

El ejército está ya en Kosovo. Desde el martes 28 de febrero, largos convoyes de carros de combate, blindados y transportes militares recorren las carreteras, controlan los cruces y cruzan ciudades y pueblos. Sobre la capital, Pristina, y la localidad minera de Titova Mitrovica, aviones de caza realizan vuelos rasantes para intimidar a la población y mostrar fuerza y disposición de combate.

"Nos tendremos que acostumbrar a esta música", decía la pasada semana Ibrahim Rugova, en su despacho en la modesta sede de la Asociación de Escritores Albaneses en Pristina, que preside. A él no le han dado tiempo. Días después de esta conversación, una de las pocas en que un intelectual albanés accedió a ser citado y calificó de "locura" los acontecimientos yugoslavos, Rugova era detenido, junto a varias decenas de personalidades albanesas, en Kosovo.

Cerca de su oficina y del campo de fútbol, niños albaneses hurgan con palos entre basuras en un lodazal. Son los miembros de una inmensa generación de albaneses, fruto de la natalidad más alta de Europa y casi del mundo. Con 38 nacimientos anuales por 1000 habitantes, está surgiendo en Kosovo un ejército de niños para repartirse la miseria del lugar, trabajar en Occidente y ahorrar para comprar tierra.

Fadil tiene siete hermanos, algo normal entre albaneses, y son cuatro los que trabajan en la República Federal de Alemania y en Suiza. "Los casados dejan aquí a sus mujeres con nuestros padres. Venimos en verano normalmente y estamos construyendo casas para todos. Sí, juntas todas, rodeadas por un gran muro."

El terreno en el que instalar su sueño de un gran patio para toda la familia se lo compraron a un serbio. Los precios de las casas serbias son astronómicos, los más altos de Yugoslavia en una región con un sueldo medio inferior a los 55 dólares. "Los serbios no se van por miedo, sino porque quieren el dinero." Los serbios lo niegan. "Es un arma política para expulsar a los serbios de Kosovo, la cuna de la cultura y la patria serbia", dice en el bar del Gran Hotel de Pristina, repleto de policías de paisano y militares en uniforme, Tomislav, un profesor serbio en Kosovo.

Su familia "no tiene intención de irse". El, tampoco. Pero 50.000 serbios se han ido ya. "Los serbios, en los pueblos, están aterrorizados. Los albaneses son salvajes, nos destruyen nuestros cementerios, nos amenazan. Es el Islam, que vuelve, seis siglos después de la batalla de Kosovo, a amenazar a Europa. Los occidentales no os dáis cuenta. Pero , si cedemos nosotros, pronto volverán a estar ante las puertas de Viena. Somos el bastión cristiano contra la ola verde. Es un problema de cultura y religión." Religión, nación, cultura. Yugoslavia es cada vez más un mosaico de pueblos enfrentados, sin nada en común más que el odio a los compatriotas de otra etnia. Belgrado, martes 28 de febrero. Jóvenes serbios marchan incansables por las calles de la capital portando iconos del santo Slava y retratos del líder comunista serbio Slobodan Milosevi. Cantan canciones sobre la patria serbia y la batalla de Kosovo Polje, en la que el rey Lazar murió derrotado por las huestes turcas en 1389. "Kosovo es serbia y siempre lo será. Dadnos armas para ir a Kosovo", gritan.

Ya no son, sin embargo, sólo los albaneses el objeto de sus ataques. También los eslovenos "son traidores". Algunos estudiantes con banderas serbias, con botellas de aguardiente en la mano, son más explícitos sobre sus deseos íntimos: "Vamos a matar croatas".

Católicos centroeuropeos

Zagreb, la muy católica capital de Croacia, parece estar no ya en otro país, sino en otro mundo que la balcánica y ortodoxa Belgrado y la Pristina con sus minaretes. Las calles limpias, los escaparates atractivos, su catedral, todo recuerda aún lo que Croacia fue durante siglos: Centroeuropa.

"La culpa de todo lo que pasa hoy es de aquellas fronteras que hicieron en 1918. ¡Qué rayos tenemos que ver nosotros, croatas, con los serbios! Ellos son ortodoxos y casi turcos, nosotros somos católicos y europeos", dice el taxista Ante, que para estudiar se ha ido a Viena, la ciudad que atrae con más fuerza a los croatas.

Al igual que los jóvenes estudiantes albaneses de Pristina,Ibrahim y Rachman, el croata Ante está convencido de que "Milosevic es un fascista". Llamar estalinista a su mayor enemigo les parece poco a los albaneses, que escuchan cada vez con más interés Radio Tirana y tienen confusos ideales de una gran Albania nacionalista y musulmana, siendo admiradores de Estados Unidos, la República Federal de Alemania y Suiza, y soñadores de una idílica patria de todos los *skipetare*.

Ramadan Laros es un anciano y jovial limpiabotas que ha visto mucho en la vida y cuyo único ideal es ya la fe. Una sola vez se decidió a salir de Kosovo, "para ir a La Meca". Vive en Prizren, la capital cultural de los albaneses, escondida en la alta montaña; una pintoresca ciudad desde la que en días claros se ve el territorio de la República Popular de Albania.

Ultimamente, Ramadan está poco locuaz. La situación es muy mala. Vuelve a haber soldados por la región, como entonces en los años cuarenta. Cuando huyeron italianos y alemanes y llegaron los partisanos, todos se alegraron, porque "venían con Tito". Ahora no es lo mismo, porque los manda Milosevic. "Ese nos odia".

Belgrado vibra. Banderas serbias al viento, los estudiantes acuden a concentrarse ante el Parlamento federal, la Skupstina. Sólo quieren oír hablar a uno, a Milosevic. "Slobo, Serbia; Slobo, serbio". Según sus fervorosos partidarios —la práctica totalidad de los serbios—, Slobo es "el segundo Tito". Según sus adversarios, es más bien Mussolini o Stalin. Cuando habla no dice muchas cosas, pero hace vibrar a la audiencia.

Aún no se sabe cómo quiere frenar la inflación del 290%; cómo solucionar el problema de la deuda exterior; el empobrecimiento de las familias, que no llegan al día 20 del mes con su sueldo y comen papas, papas, papas y verdura. Su receta es hoy, martes, Belgrado. "Hay que castigar a los traidores". Los serbios se sumergen en el fervor patriótico, los individuos y sus vidas cotidianas de penuria se disuelven en una masa con espasmos de orgullo nacional. "Slobo, Serbia; Slobo, serbio".

Primero hay que "resolver el problema de Kosovo", aniquilar la contrarrevolución albanesa, castigar a los traidores en Kosovo y en todas partes de Yugoslavia; después se resolverá lo demás. Este mensaje de Milosevic es repetido día a día en los medios de comunicación serbios que Milosevic ha *limpiado* de elementos críticos.

"Azim Vlasi, dobre albanski. Morina nie". Vlasi es un buen albanés, dicen ahora los jóvenes de Kosovo. Pero a Vlasi lo han encarcelado y lo acusan de "contrarrevolucionario" después de haber sido jefe de la Liga de los Comunistas de Kosovo. No siempre ha sido tan querido por los estudiantes albaneses de Pristina. En 1981, tras las manifestaciones albanesas pidiendo el estatuto de república para Kosovo, intervino la policía.

Hubo muchos muertos. Oficialmente, 11; extraoficialmente, centenares. Vlasi dirigió entonces la normalización, la detención de miles de supuestos irredentistas. Hoy se le quiere como defensor de los albaneses contra los ataques de Milosevic. Este ha intentado colocar en la cúpula de Kosovo a tres albaneses que le son afectos; como líder, al jefe de policía Rachman Morina.

El 20 de febrero, 1300 mineros de Trepca, que trabajan en condiciones pésimas y ganan menos de 70 dólares al mes, se declararon en huelga de hambre hasta la muerte, pidiendo la dimisión de Morina y de dos colaboradores suyos y de Milosevic.

"Quien conoce el implacable código de honor de los albaneses sabe que iban en serio", dice en Belgrado un diplomático occidental. "Sólo hay un valor más sagrado para los albaneses que la palabra dada, y es la hospitalidad. Si no dimiten Morina y los otros, los mineros hubieran seguido hasta la muerte." En Belgrado, medios de comunicación de Milosevic lanzan una campaña difamatoria contra los mineros. Según la televisión serbia, los encerrados abandonaban la mina por una vía secreta para comer.

La respuesta tras concluir la huelga en la que pedían la dimisión de los tres dignatarios albaneses fue una operación policial con centenares de detenidos; entre ellos, el director de la mina y algunos de los huelguistas. Toda esta semana, policía y ejército han llevado a cabo una operación para decapitar a la sociedad albanesa en Kosovo. El jueves, sin embargo, y pese a la militarización de las minas y la presencia del ejército, 400 mineros se vuelven a negar a entrar en los pozos.

Liubiana es más pequeña que Zagreb, pero, al igual que ésta, es una pequeña joya de tiempos pasados en los que no había fronteras entre estas ciudades y Viena, Praga y Lvov, hoy en la URSS. El águila bicéfala de los Habsburgo luce en las fachadas de las grandes casas solariegas, y en los patios de los palacios, las estatuas del mariscal Radetzky y otros héroes austrohúngaros aguardan tiempos mejores.

Los eslovenos están orgullosos de ser "Mitteleuropa" y son los ricos de Yugoslavia. Con menos del 8% de la población yugoslava, recogen más del 30% de los ingresos en divisas occidentales del Estado. Eslovenia es, además, la vanguardia de la reforma del socialismo en Yugoslavia. Reformas similares a la húngara han permitido la creación de una prensa independiente y crítica y la gestación de partidos no comunistas. Su líder comunista, Milan Kucan, coincide con los reformistas húngaros y polacos en que el sistema socialista de la posguerra ha fracasado y el pluralismo, los derechos humanos y la libertad son imprescindibles para el desarrollo de una sociedad moderna.

Mladina es uno de los fenómenos más atractivos de este proceso esloveno de apertura. Es una revista irreverente, alternativa y democrática que ataca, bajo el manto protector de toda la sociedad eslovena, incluido el partido, todos los vicios del sistema socialista yugoslavo, la ineptitud de dirigentes, la corrupción y los abusos de la autoridad.

Su redactor jefe es Roberto Botteri, que ha logrado situar en 80.000 ejemplares la tirada de esta revista en la lengua de un pueblo con menos de dos millones de habitantes. El y sus colegas fueron los primeros en advertir sobre los peligros de la tentación gran-serbia autoritaria de Milosevic. El dirigente de la asociación juvenil eslovena, Josef Skolc, dio el pretexto al partido serbio para atacar a Eslovenia y entrar así en la segunda fase de los planes de Milosevic.

En un gran mitin de solidaridad con los albaneses en Liubiana, organizado por el poder y la oposición el 27 de febrero, Skolc calificó a los albaneses como "los judíos de Yugoslavia", y anunció una campaña de solidaridad haciendo un paralelismo entre los sufrimientos de los albaneses y el holocausto de los hebreos bajo los nazis. Horas después, las calles de Belgrado se llenaban de jóvenes llamados a manifestarse por la cúpula serbia contra "los traidores eslovenos que apoyan la contrarrevolución en Kosovo".

En los pequeños cafés de Zagreb y Liubiana, repletos de recuerdos de la monarquía austrohúngara, los clientes son gente que esquía en Los Alpes, compra ropa italiana, son demócratas convencidos y rechazan el socialismo como una torpe ilusión de gente poco educada. "Lo que quiere la juventud son líderes que sepan idiomas", decía recientemente un joven esloveno resumiendo el tedio que les produce la clase dirigente yugoslava. France Tomsic, líder de la Alianza Socialdemócrata de Eslovenia, cree que no sólo su república: "Todo el mundo en Yugoslavia sabe que el comunismo no ha sido más que un grave error".

Ahora, ante la ofensiva de los nacionalistas serbios, los no menos nacionalistas eslovenos y croatas se temen lo peor. Ven en la crisis de Kosovo sólo el instrumento de Milosevic para acabar con los procesos de apertura política en Liubiana y Zagreb.

Un enfrentamiento entre croatas y serbios tendría unas implicaciones históricas gravísimas. En la II Guerra Mundial, los grupos radicales de ambas etnias se combatieron con fiereza. Los crímenes de guerra en este conflicto étnico fueron de una crueldad inimaginable.

El socialdemócrata esloveno Tomsic advierte que, "en caso de que se supriman las libertades democráticas (que se han conquistado en Eslovenia), la guerra civil será inevitable. Aún somos conciliadores con los culpables de esta situación. Pero si llega la represión habrá que enfrentarse a esta gente de otra forma y sin esta conciliación. Esto lleva a la guerra civil", advertía en la prensa de la vecina Austria.

"La caja de Pandora está ampliamente abierta", decía el diario croata *Vjesnik*, antes de arremeter duramente contra Milosevic. En Belgrado comienzan a surgir voces que, aunque partidarias de Milosevic en su lucha contra los albaneses, advierten que éste ha ido demasiado lejos convocando fantasmas del pasado.

Los iconos del santo Slava y el mesianismo ortodoxo antimusulmán y antirromano han tomado las calles de Serbia de la mano de un comunista ortodoxo con cierto ramalazo neostalinista.

Olor a pólvora

"Milosevic ha azuzado tanto a los caballos del nacionalismo que se le están escapando las riendas de la mano", dice un periodista serbio retirado, deprimido por la situación en que se halla una Yugoslavia por la que luchó en la guerra y que, fundada sobre la igualdad de los pueblos, era la obra suprema de toda una generación antifascista que ahora contempla cómo se desmorona por la incompetencia, la ineficacia y los particularismos históricos.

No se oyen en Yugoslavia más que voces airadas, insultos y llamamientos a vengar el honor y evocaciones a la llamada de la sangre. El sentido común y los intentos de buscar una salida racional y laica, pluralista y moderna a la situación han sido acallados por los gritos de las masas movilizadas por Milosevic. "Aquí ya huele a pólvora", dice un corresponsal extranjero recién llegado a Belgrado.

El ejército ha advertido, por boca del almirante Petar Simic, que, "si alguien declara una guerra en Yugoslavia, ésta no se librará en ausencia de las fuerzas armadas". En Titova Mitrovica, en la cuenca minera de Kosovo, el ejército ya está presente. Los disparos en Kragujevac de un "psicópata", según los medios oficiales, son aún un hecho aislado. Pero en este país, en el que "nadie sabe cuántas armas hay en las casas" y en el que las emociones han paralizado el diálogo, el polvorín de los Balcanes vuelve a ser dramática realidad. "Quien piense en Europa occidental que los Balcanes no le afectan ignora una de las lecciones principales de la historia", sentencia un diplomático occidental.

Del contramodelo autogestionario a la exaltación del nacionalismo



Hay una vieja receta que consiste en exaltar el nacionalismo para encubrir otros problemas. Es el camino elegido por Slobodan Milosevic.

Para comprender los acontecimientos que sacuden la vida política yugoslava conviene recordar que los Balcanes fueron a principios de siglo un polvorín a causa de enfrentamientos entre las naciones que hoy forman parte de Yugoslavia. Al terminar la II Guerra Mundial, la obra política más difícil emprendida por Tito fue crear, a pesar de esos antecedentes, una federación integrando a seis repúblicas, Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Macedonia, con las "regiones autónomas", Kosovo y Voivodina, agregadas a Serbia.

Durante la guerra contra la ocupación hitleriana, Tito propugnó la unidad entre esas naciones, a pesar de que se seguían produciendo choques entre algunas de ellas. Por eso el nuevo Estado yugoslavo nació dando al mundo la impresión de que la experiencia de la guerra había permitido superar los odios del pasado. Como modelo de federación, Tito optó por la máxima descentralización, dando muchas competencias a cada república. La Liga de los Comunistas —con un ideal común y con fuertes lazos personales, forjados en la lucha, entre muchos de sus dirigentes— debía ser el principal instrumento de cohesión política. Todo ello dominado por la personalidad de Tito, que entonces gozaba de una autoridad excepcional.

Sería erróneo, no obstante, ver en la desaparición de Tito la causa principal de la disgregación a la que estamos asistiendo. Más importante es el hecho de que Yugoslavia vive hoy una crisis del sistema económico y político instaurado en 1945. Crisis en ciertos aspectos comparable a la de otros países socialistas: su *contramodelo* autogestionario, que fue tan popular en sus inicios y debía evitar los vicios del burocratismo soviético, no ha dado los resultados esperados.

Pero el caso yugoslavo tiene algo específico: la crisis del sistema económico y político se produce cuando, a causa del estallido del marco federal, no hay autoridad política, ni en el gobierno ni en la Liga, capaz de definir y realizar una política válida para Yugoslavia. La Liga ha perdido su capacidad de amalgamar posiciones y en ella se reflejan los enfrentamientos entre las tendencias dominantes en cada nación. Hay un pluralismo comunista surgido de las discrepancias nacionales.

En un clima en el que se discute de todo en busca de un proyecto político con capacidad unificadora, el caso de Kosovo se ha convertido desde el otoño pasado en el principal foco de atención. Ahora rebrota con el envío de tropas, la declaración del estado de emergencia y la detención de los dirigentes comunistas locales más populares. No es lógico ese protagonismo de Kosovo cuando el país está azotado por el desastre económico.

Pero hay una vieja receta populista que consiste en exaltar el nacionalismo para encubrir otros problemas. Es el camino que ha escogido lamentablemente Slobodan Milosevic, sin duda el dirigente con mayor carisma en el país. Su actitud crítica ante muchos vicios del sistema lo convirtió en el hombre que prometía encabezar una renovación necesaria. Pero se ha sumergido en un populismo nacionalista peligroso para el destino de Yugoslavia.

Ha tomado como tema central el recorte de la autonomía de que goza Kosovo según la Constitución. Pretensión absurda cuando el 90 por ciento de su población es hoy albanesa. Es más: la existencia de la frontera con Albania debería aconsejar cautela en el tema de Kosovo. En cambio, las movilizaciones de las masas serbias, impulsadas por Milosevic, y que han condicionado la política del gobierno, han echado gasolina al fuego. En realidad, no pueden ser motivo de alarma las demandas de los habitantes de Kosovo: desean conservar la autonomía que les da la Constitución.

Este deterioro de la situación, ¿amenaza la cohesión de la federación yugoslava? Los hechos aconsejan no descartar ese peligro. En todo caso, la raíz del peligro está en la oleada nacionalista serbia que, agitando a grandes masas en torno a Kosovo, provoca reacciones en cadena en otras repúblicas. En Croacia y en Eslovenia, la actitud serbia en Kosovo causa indignación, porque denota uan tendencia hegemónica que puede no limitarse a ese caso.

La realidad yugoslava tiene otras facetas. El nuevo gobierno encabezado por Marcovich ha encontrado apoyos para una reforma economómica que podría ayudar a superar la actual tendencia a que cada república se encierre en sí misma. Pero su realización será difícil y a ello no contribuirán las secuelas de la crisis de Kosovo.

El problema de la democratización de la vida política es asimismo decisivo. Se está planteando de manera dispersa, con grandes diferencias entre unas repúblicas y otras. En Eslovenia se avanza hacia un pluralismo político, objetivo en el que coinciden amplios sectores. Pero sobre las formas de ese pluralismo hay muchas discrepancias. Hasta ahora, los esfuerzos de democratización no se hacen a nivel yugoslavo, sino sólo en algunas repúblicas. Y sería muy negativo que esos progresos, en vez de promover mejores relaciones entre las repúblicas, se traduzcan en tendencias disgregadoras.

"Slobo, Serbia; Slobo, serbio".

Primero hay que "resolver el problema de Kosovo", aniquilar la contrarrevolución albanesa, castigar a los traidores en Kosovo y en todas partes de Yugoslavia; después se resolverá lo demás. Este mensaje de Milosevic es repetido día a día en los medios de comunicación serbios que Milosevic ha *limpiado* de elementos críticos.

"Azim Vlasi, dobre albanski. Morina nie". Vlasi es un buen albanés, dicen ahora los jóvenes de Kosovo. Pero a Vlasi lo han encarcelado y lo acusan de "contrarrevolucionario" después de haber sido jefe de la Liga de los Comunistas de Kosovo. No siempre ha sido tan querido por los estudiantes albaneses de Pristina. En 1981, tras las manifestaciones albanesas pidiendo el estatuto de república para Kosovo, intervino la policía.

Hubo muchos muertos. Oficialmente, 11; extraoficialmente, centenares. Vlasi dirigió entonces la normalización, la detención de miles de supuestos irredentistas. Hoy se le quiere como defensor de los albaneses contra los ataques de Milosevic. Este ha intentado colocar en la cúpula de Kosovo a tres albaneses que le son afectos; como líder, al jefe de policía Rachman Morina.

El 20 de febrero, 1300 mineros de Trepca, que trabajan en condiciones pésimas y ganan menos de 70 dólares al mes, se declararon en huelga de hambre hasta la muerte, pidiendo la dimisión de Morina y de dos colaboradores suyos y de Milosevic.

"Quien conoce el implacable código de honor de los albaneses sabe que iban en serio", dice en Belgrado un diplomático occidental. "Sólo hay un valor más sagrado para los albaneses que la palabra dada, y es la hospitalidad. Si no dimiten Morina y los otros, los mineros hubieran seguido hasta la muerte." En Belgrado, medios de comunicación de Milosevic lanzan una campaña difamatoria contra los mineros. Según la televisión serbia, los encerrados abandonaban la mina por una vía secreta para comer.

La respuesta tras concluir la huelga en la que pedían la dimisión de los tres dignatarios albaneses fue una operación policial con centenares de detenidos; entre ellos, el director de la mina y algunos de los huelguistas. Toda esta semana, policía y ejército han llevado a cabo una operación para decapitar a la sociedad albanesa en Kosovo. El jueves, sin embargo, y pese a la militarización de las minas y la presencia del ejército, 400 mineros se vuelven a negar a entrar en los pozos.

Liubiana es más pequeña que Zagreb, pero, al igual que ésta, es una pequeña joya de tiempos pasados en los que no había fronteras entre estas ciudades y Viena, Praga y Lvov, hoy en la URSS. El águila bicéfala de los Habsburgo luce en las fachadas de las grandes casas solariegas, y en los patios de los palacios, las estatuas del mariscal Radetzky y otros héroes austrohúngaros aguardan tiempos mejores.

Los eslovenos están orgullosos de ser "Mitteleuropa" y son los ricos de Yugoslavia. Con menos del 8% de la población yugoslava, recogen más del 30% de los ingresos en divisas occidentales del Estado. Eslovenia es, además, la vanguardia de la reforma del socialismo en Yugoslavia. Reformas similares a la húngara han permitido la creación de una prensa independiente y crítica y la gestación de partidos no comunistas. Su líder comunista, Milan Kucan, coincide con los reformistas húngaros y polacos en que el sistema socialista de la posguerra ha fracasado y el pluralismo, los derechos humanos y la libertad son imprescindibles para el desarrollo de una sociedad moderna.

Mladina es uno de los fenómenos más atractivos de este proceso esloveno de apertura. Es una revista irreverente, alternativa y democrática que ataca, bajo el manto protector de toda la sociedad eslovena, incluido el partido, todos los vicios del sistema socialista yugoslavo, la ineptitud de dirigentes, la corrupción y los abusos de la autoridad.

Su redactor jefe es Roberto Botteri, que ha logrado situar en 80.000 ejemplares la tirada de esta revista en la lengua de un pueblo con menos de dos millones de habitantes. El y sus colegas fueron los primeros en advertir sobre los peligros de la tentación gran-serbia autoritaria de Milosevic. El dirigente de la asociación juvenil eslovena, Josef Skolc, dio el pretexto al partido serbio para atacar a Eslovenia y entrar así en la segunda fase de los planes de Milosevic.

En un gran mitin de solidaridad con los albaneses en Liubiana, organizado por el poder y la oposición el 27 de febrero, Skolc calificó a los albaneses como "los judíos de Yugoslavia", y anunció una campaña de solidaridad haciendo un paralelismo entre los sufrimientos de los albaneses y el holocausto de los hebreos bajo los nazis. Horas después, las calles de Belgrado se llenaban de jóvenes llamados a manifestarse por la cúpula serbia contra "los traidores eslovenos que apoyan la contrarrevolución en Kosovo".

En los pequeños cafés de Zagreb y Liubiana, repletos de recuerdos de la monarquía austrohúngara, los clientes son gente que esquía en Los Alpes, compra ropa italiana, son demócratas convencidos y rechazan el socialismo como una torpe ilusión de gente poco educada. "Lo que quiere la juventud son líderes que sepan idiomas", decía recientemente un joven esloveno resumiendo el tedio que les produce la clase dirigente yugoslava. France Tomsic, líder de la Alianza Socialdemócrata de Eslovenia, cree que no sólo su república: "Todo el mundo en Yugoslavia sabe que el comunismo no ha sido más que un grave error".

Ahora, ante la ofensiva de los nacionalistas serbios, los no menos nacionalistas eslovenos y croatas se temen lo peor. Ven en la crisis de Kosovo sólo el instrumento de Milosevic para acabar con los procesos de apertura política en Liubiana y Zagreb.

Un enfrentamiento entre croatas y serbios tendría unas implicaciones históricas gravísimas. En la II Guerra Mundial, los grupos radicales de ambas etnias se combatieron con fiereza. Los crímenes de guerra en este conflicto étnico fueron de una crueldad inimaginable.

El socialdemócrata esloveno Tomsic advierte que, "en caso de que se supriman las libertades democráticas (que se han conquistado en Eslovenia), la guerra civil será inevitable. Aún somos conciliadores con los culpables de esta situación. Pero si llega la represión habrá que enfrentarse a esta gente de otra forma y sin esta conciliación. Esto lleva a la guerra civil", advertía en la prensa de la vecina Austria.

"La caja de Pandora está ampliamente abierta", decía el diario croata *Vjesnik*, antes de arremeter duramente contra Milosevic. En Belgrado comienzan a surgir voces que, aunque partidarias de Milosevic en su lucha contra los albaneses, advierten que éste ha ido demasiado lejos convocando fantasmas del pasado.

Los iconos del santo Slava y el mesianismo ortodoxo antimusulmán y antirromano han tomado las calles de Serbia de la mano de un comunista ortodoxo con cierto ramalazo neostalinista.

Olor a pólvora

"Milosevic ha azuzado tanto a los caballos del nacionalismo que se le están escapando las riendas de la mano", dice un periodista serbio retirado, deprimido por la situación en que se halla una Yugoslavia por la que luchó en la guerra y que, fundada sobre la igualdad de los pueblos, era la obra suprema de toda una generación antifascista que ahora contempla cómo se desmorona por la incompetencia, la ineficacia y los particularismos histéricos.

No se oyen en Yugoslavia más que voces airadas, insultos y llamamientos a vengar el honor y evocaciones a la llamada de la sangre. El sentido común y los intentos de buscar una salida racional y laica, pluralista y moderna a la situación han sido acallados por los gritos de las masas movilizadas por Milosevic. "Aquí ya huele a pólvora", dice un corresponsal extranjero recién llegado a Belgrado.

El ejército ha advertido, por boca del almirante Petar Simic, que, "si alguien declara una guerra en Yugoslavia, ésta no se librará en ausencia de las fuerzas armadas". En Titova Mitrovica, en la cuenca minera de Kosovo, el ejército ya está presente. Los disparos en Kragujeyac de un "psicópata", según los medios oficiales, son aún un hecho aislado. Pero en este país, en el que "nadie sabe cuántas armas hay en las casas" y en el que las emociones han paralizado el diálogo, el polvorín de los Balcanes vuelve a ser dramática realidad. "Quien piense en Europa occidental que los Balcanes no le afectan ignora una de las lecciones principales de la historia", sentencia un diplomático occidental.



s —con un ideal común y
n fuertes lazos personales,
rjados en la lucha, entre mu-
os de sus dirigentes— debía
r el principal instrumento de
hesión política. Todo ello
minado por la personalidad
Tito, que entonces gozaba
una autoridad excepcional.
Sería erróneo, no obstante,
r en la desaparición de Tito
causa principal de la disgre-
ción a la que estamos asis-
ndo. Más importante es el
cho de que Yugoslavia vive
y una crisis del sistema eco-
mico y político instaurado
1945. Crisis en ciertos as-
ctos comparable a la de
os países socialistas: su *con-*
modelo autogestionario,
e fue tan popular en sus ini-
s y debía evitar los vicios
burocratismo soviético, no
dado los resultados espera-
s.
Pero el caso yugoslavo tie-
algo específico: la crisis del
ema económico y político
produce cuando, a causa del
allido del marco federal, no
autoridad política, ni en el
bierno ni en la Liga, capaz
definir y realizar una polí-
válida para Yugoslavia.
Liga ha perdido su capacidad de amalgamar posiciones y en ella se reflejan los enfrentamientos entre las tendencias dominantes en cada nación. Hay un pluralismo comunista surgido de las discrepancias nacionales.

En un clima en el que se discute de todo en busca de un proyecto político con capacidad unificadora, el caso de Kosovo se ha convertido desde el otoño pasado en el principal foco de atención. Ahora rebrota con el envío de tropas, la declaración del estado de emergencia y la detención de los dirigentes comunistas locales más populares. No es lógico ese protagonismo de Kosovo cuando el país está azotado por el desastre económico.

Pero hay una vieja receta populista que consiste en exaltar el nacionalismo para encubrir otros problemas. Es el camino que ha escogido lamentablemente Slobodan Milosevic, sin duda el dirigente con mayor carisma en el país. Su actitud crítica ante muchos vicios del sistema lo convirtió en el hombre que prometía encabezar una renovación necesaria. Pero se ha sumergido en un populismo nacionalista peligroso para el destino de Yugoslavia.

Ha tomado como tema central el recorte de la autonomía de que goza Kosovo según la Constitución. Pretensión absurda cuando el 90 por ciento de su población es hoy albanesa. Es más: la existencia de la frontera con Albania debería aconsejar cautela en el tema de Kosovo. En cambio, las movilizaciones de las masas serbias, impulsadas por Milosevic, y que han condicionado la política del gobierno, han echado gasolina al fuego. En realidad, no pueden ser motivo de alarma las demandas de los habitantes de Kosovo: desean conservar la autonomía que les da la Constitución.

Este deterioro de la situación, ¿amenaza la cohesión de la federación yugoslava? Los hechos aconsejan no descartar ese peligro. En todo caso, la raíz del peligro está en la oleada nacionalista serbia que, agitando a grandes masas en torno a Kosovo, provoca reacciones en cadena en otras repúblicas. En Croacia y en Eslovenia, la actitud serbia en Kosovo causa indignación, porque denota uan tendencia hegemónica que puede no limitarse a ese caso.

La realidad yugoslava tiene otras facetas. El nuevo gobierno encabezado por Marcovich ha encontrado apoyos para una reforma económica que podría ayudar a superar la actual tendencia a que cada república se encierre en sí misma. Pero su realización será difícil y a ello no contribuirán las secuelas de la crisis de Kosovo.

El problema de la democratización de la vida política es asimismo decisivo. Se está planteando de manera dispersa, con grandes diferencias entre unas repúblicas y otras. En Eslovenia se avanza hacia un pluralismo político, objetivo en el que coinciden amplios sectores. Pero sobre las formas de ese pluralismo hay muchas discrepancias. Hasta ahora, los esfuerzos de democratización no se hacen a nivel yugoslavo, sino sólo en algunas repúblicas. Y sería muy negativo que esos progresos, en vez de promover mejores relaciones entre las repúblicas, se tradujzcan en tendencias disgregadoras.

REINVENTAR YUGOSLAVIA

La derrota y desaparición del imperio austrohúngaro en la Primera Guerra Mundial produjo alteraciones sustanciales en el mapa europeo. En 1919 se planteaba, por ello, el problema de reemplazar esa gran ortopedia de la historia que fue la monarquía de Viena, para dar satisfacción a sus principales componentes nacionales. Así, las potencias santificaron la creación del Estado yugoslavo, que agrupaba, como su nombre indica, a "los eslavos del sur". En esa federación de pueblos y culturas se incluía lo que desde el punto de vista del poblamiento era la "esquina" nororiental de Albania: el territorio de Kosovo, al que una enmienda de la Constitución serbia aprobada esta semana ha despojado de toda verdadera autonomía; y esta mutilación se halla en la raíz de lo que ya puede calificarse de inicio de revuelta contra Belgrado.

La escueta franja de territorio que ocupa Kosovo es lo que el grupo serbio, mayoritario en la federación yugoslava, considera su hogar nacional histórico. Por esta razón, el hecho de que Kosovo se constituyera en 1974 como provincia autónoma dentro de Serbia abrigaba precisamente la intención de recortar la fuerza de esta nacionalidad dentro de la federación. El que ahora se vuelva prácticamente a la situación anterior representa tanto un peligroso sometimiento a la poderosa individualidad serbia como un reconocimiento de la insuficiencia del sistema de contrapesos y controles ideado por el creador del Estado federal yugoslavo, el mariscal Tito.

Durante el mandato de éste último, de 1945 a 1980, su sola estatura como uno de los grandes líderes del no alineamiento, la audacia de su gesto de independencia ante Moscú y su capacidad de arbitraje desde su posición de croata no nacionalista mantuvieron en equilibrio tolerable las malas relaciones históricas entre serbios y albaneses de Kosovo. A su muerte se ha visto que esa figura reinante por encima de todos que había desempeñado en su tiempo el emperador vienés, y cuyo manto había heredado con parecida majestad Josip Broz, nadie estaba en condiciones de encarnarla, y menos aún el mecanismo de sucesión colectivo establecido en Belgrado. Y desde entonces las tensiones nacionales en Yugoslavia no han dejado de crecer, estimuladas por una situación económica crecientemente deteriorada.

Lo que la revuelta de Kosovo, con toda su amenaza de guerrilla montaraz, plantea hoy es la continuidad de la propia forma del Estado. La vía de la federación con amplios poderes depositados en los elementos constituyentes parece que difícilmente es sostenible sin un elemento de cohesión central como era el mariscal-guerrillero. Pero al mismo tiempo, cualquier centralización del aparato de gobierno común a las seis repúblicas yugoslavas sólo puede pasar por el acrecentamiento de los poderes de Serbia y quizá de Croacia —como en el caso del imperio austrohúngaro, una bicefalia compleja para la salvación del Estado—, lo que despertaría algo más que los recelos de las nacionalidades menores, y de lo que la agitación de Kosovo podría ser sólo un ameno preámbulo. Pillado así el país entre lo impracticable actual y lo intolerable por venir, el futuro de la federación se presenta intratable.

Yugoslavia es un país que sólo tiene verosimilitud hacia el exterior, con lo que hablar de un patriotismo de Estado es pura entelequia; y sin embargo, la existencia de una agrupación política que ponga orden en este pantano de nacionalidades, lenguas y fronteras que es ese bajo vientre europeo, como lo llamó Churchill, complicada aún más por las hoy durmientes reivindicaciones de Bulgaria sobre la Macedonia yugoslava y un soterrado irredentismo albanés, parece imprescindible para la paz en Europa. Reinventar Yugoslavia, sobre todo sin Tito, lo que sería una empresa cargada de ominosos interrogantes parece hoy la única respuesta a una situación que quema las manos de quien la toca. El desaparecido imperio austrohúngaro es sólo hoy un recuerdo, pero los problemas surgidos en su estela prueban que tenía un sentido después de todo.

Tito, el mariscal-guerrillero estudia un mapa de Yugoslavia junto al mariscal de campo Alexander, en 1945.

